

Vidas paralelas

El primer día solo pude tomar manzanilla con pan. Mi estómago pareció enroscarse en una madeja de púas, y mis manos no paraban de sudar. No me fijé en las concertinas que coronaban los muros ni en los barrotes amarillos que cerraban las ventanas, pero en cuanto aquel olor me golpeó de lleno retrocedí sin disimulos. Una peste que no conseguía identificar se coló por mi boca y subió hasta mi cerebro para clavarse en él como una navaja roma. Fetidez de aire muerto, encostrado, respirado infinitas veces por mil narices y mordido por cien bocas desdentadas. Era el mismo hedor que llenaba las galerías, las celdas, la sala. “¿A qué huele aquí?”, le pregunté a una compañera. Ella se rio. “Nunca te acostumbrarás a esta tufarada, bonita, te persigue día y noche, impregna tu pelo, se pega a tu ropa..., incluso te la llevas contigo cuando sales. Es lo que te queda, nena, los mejores años de tu vida con este buqué”, me dijo. ¡Cómo había ido a parar allí, yo, con veinte años recién cumplidos, de buena familia y educada en colegio de monjas! Mi primer día tras las rejas fue duro, sí. Febrero del 97. ETA asesinó a un policía aquella mañana. Era la sexta víctima en lo que iba de año. Tan pronto como la noticia salió en la tele, las presas de la banda lo festejaron con saltos en corro y carcajadas teatrales. La funcionaria encargada del módulo apagó el televisor de la sala. Yo miraba en todas direcciones, sin saber qué hacer. Salvo las cinco etarras del módulo, las demás internas

guardaban silencio. Nuria, una raterilla de poca monta que no llevaba allí más de una semana, se escabulló al patio tratando de ponerse a salvo de lo que ella imaginaba que pasaría. Pero no ocurrió nada. Aquellas celebraciones eran relativamente frecuentes y las funcionarias tenían orden de ignorarlas. Harían un informe. Eso era todo. Un papel para que lo leyera el señor jefe de servicios, el director, el ministro..., un papel para nada.

Hubo algún día más como aquel. Y otros mucho mejores, cuando alguna intentaba dejar la droga o conseguía bajar la dosis de metadona, o cuando convencimos a la Sole para que se matriculara en la escuela y aprendiera a escribir, o cuando ingresó la hija de Fani, que todos creían muerta de sobredosis varias: la detuvieron por un tirón de bolso y su madre se alegró tanto de que fuera a parar a la cárcel que no dejó de besarla en tres semanas. Hubo mañanas muy buenas, de charlas, bromas, cafés y paseos por el patio entre canciones de Los Chunguitos repetidas tantas veces que todas acabábamos tarareando aun sin gustarnos. Y hubo años lejos de la familia, navidades sola, cumpleaños perdidos, celebraciones a las que no fui, momentos dolorosos en los que no estuve con los míos porque no llegué o llegué tarde... El cáncer acabó con mi madre mientras yo estaba en la prisión de Tenerife. Me faltarán siempre sus últimos días y un último beso. El dolor es devastador si te sorprende lejos.

Cuando al fin conseguí plaza en Teixeira, la cárcel más cercana a mi casa, ya habían pasado ocho años desde aquel febrero del 97. Hoy aún continúo en la

misma prisión. Han transcurrido 27 años desde mi primer día como funcionaria en Soto del Real y el olor a cárcel ya no me intimida, pero me sigue acompañando, lamiendo mi viejo uniforme.

—¡Hola, cariño!, ¿qué tal el día? —me pregunta mi marido cuando llego a casa y me desvisto ante la lavadora—,¿has reinsertado a muchos cacos hoy?

Yo lo miro y sonrío. Es difícil conseguir que un estafador se convierta en albañil, o que un traficante quiera trabajar de lunes a viernes por el salario mínimo y madrugar cada mañana, pagar impuestos y sudar la camiseta.

—Sí, hoy..., un día normalito: tuve que mediar entre un senegalés imponente y un georgiano de 160 kilos para que no se pelearan por no sé qué de una sudadera, y estaba yo sola, imagínate, con mi metro y medio entre esos dos colosos. Después, me tocó convencer a un esquizofrénico del módulo 9 de que no ganaría nada cortándose las venas, eché del polideportivo a una mujer que se estaba prostituyendo en los baños, cacheé a otra que ingresó cubierta de sarna y después del recuento intenté consolar a una interna que se enteró de que su hermano estaba muerto y enterrado desde hacía tres meses. Un día normal. Pero de camino a casa paré en la gasolinera y me llevé una sorpresa: allí estaba, llenándome el depósito, José Pérez, el Navajas, atracador profesional de los de toda la vida, que parece haber cambiado de rumbo y de actividad. Me sentí orgullosa de verlo con la manguera en la mano y su camiseta de Repsol en vez

del pasamontañas y un cuchillo. Ojalá lo consiga, ojalá sea él uno de esos que ya no volvamos a ver detrás de los muros de Teixeiro. Y ¿sabes qué me dijo?: “Buenas, doña Míriam, ¡qué alegría verla! Trabajo aquí, ¿qué le parece, eh? Me han contratado en esta gasolinera que atraqué cuatro veces, y el dueño lo sabe. Hay gente buena, ¿eh? Ya me lo decía usted. Ahora tengo otra hija, y mi mujer sigue aguantándome, así que... Ya ve que algo de todo lo que me repetía en el patio ha entrado en esta cabeza de serrín.” Le di un abrazo, no lo pude remediar. Por eso hoy huelo a cárcel y a gasolina.

Autora: Araceli Gil César